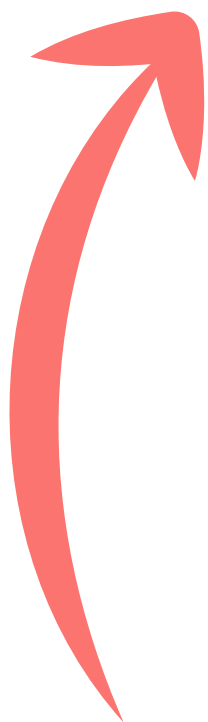
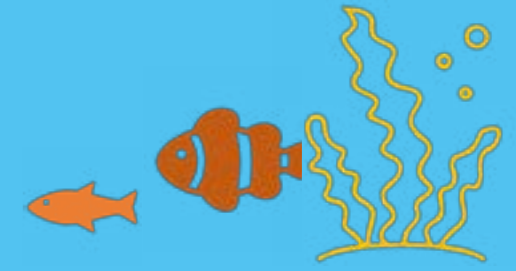
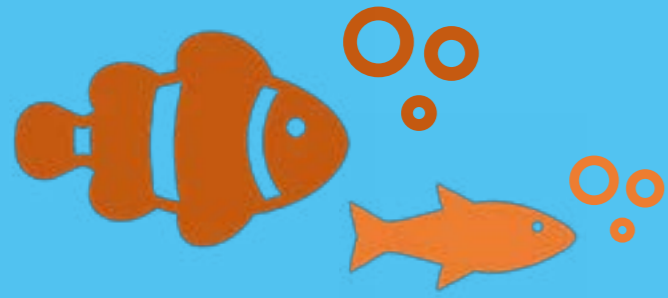


El tesoro perdido



Autora: Lucía Cánovas - Barcelona

Tutor: Albert Carbó Martínez



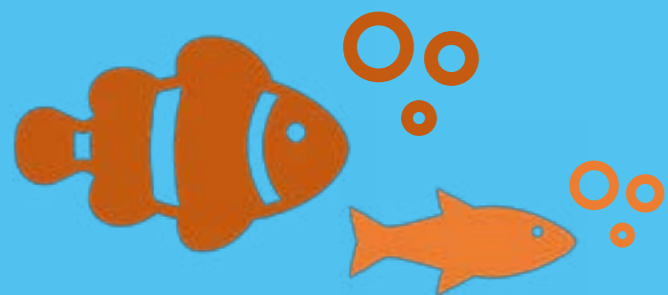
Estoy en medio del mar, navegando sin rumbo con un velero estropeado que nos está dirigiendo hacia unas rocas, pero esa no es la mayor de mis preocupaciones. Antes del fin de semana, mis amigos Marcos, Catalina, Alberto y yo decidimos ir en busca de un tesoro.

Estábamos emocionados ante esta aventura, pero la ilusión desapareció rápido cuando supimos que uno de ellos nos había traicionado.

Me llamo Lucia Cánovas y nuestra historia comienza un día de no hace mucho tiempo. Todo empezó como una tarde normal. Mi pandilla y yo habíamos quedado en casa de Alberto para tomar una limonada, ya que era un día muy caluroso de verano, cuando Alberto nos sorprendió con una especie de mapa antiguo. En ese momento todos nos miramos extrañados sin saber cómo

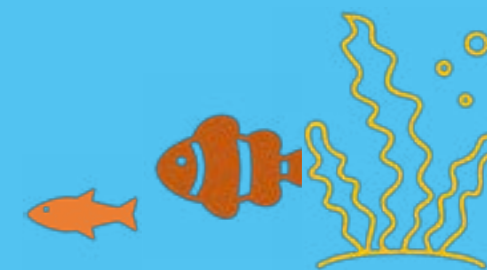
reaccionar, pero antes de que pudiéramos pronunciar una sola palabra Alberto nos interrumpió y dijo: “Esto es un mapa de la antigua bahía que, según cuenta la leyenda, dice que hay un tesoro enterrado bajo las playas de la costa”. A mí me pareció una historia muy emocionante, pero no lograba entender por qué Alberto nos había explicado esto. Nadie había dicho ni una sola palabra durante los anteriores minutos, hasta que al fin Alberto nos explicó que nos había contado esa leyenda para proponernos ir en busca del tesoro perdido. Por supuesto sin ningún gasto a pagar, ya que si accedíamos podríamos ir en el velero de su padre. Los tres nos miramos sin saber qué responder ante esa propuesta tan rara, pero finalmente no pudimos negar que sería una experiencia inolvidable y, además, podríamos ir en el velero de su padre, que era una pasada. Así que, como tres incrédulos, accedimos sin tener en cuenta los





peligros que nos causaría ese viaje.

Embarcamos por la noche siguiendo la ruta del mapa, atando cabos, alzando la vela... En fin, no parábamos. Estábamos agotados, así que sobre las tres de la madrugada decidimos tirar el ancla, descansar un rato y continuar a la mañana siguiente. Para nuestra desgracia, tampoco pudimos descansar mucho ya que nos entró hambre y, aún peor, con las prisas no habíamos cogido comida. Gracias a Dios, en el velero del padre de Alberto había unas cañas de pescar y pudimos comer unas sardinas. A la mañana siguiente conseguimos llegar hasta el final de la bahía. Eso era una buena señal, pero todavía nos faltaba un cuarto del recorrido. Seguimos navegando, siguiendo la posición exacta del tesoro. Poco a poco nos íbamos acercando cuando, de repente, Marcos gritó: "¡Tierra a la vista!". Qué emoción, ya estábamos cerca. Lo difícil ya estaba hecho, y solo quedaba lo más fácil por hacer, pero también lo malo por venir. Nos íbamos adentrando



lentamente en el corazón de la isla. Todo parecía normal. Había palmeras, pájaros... Todos estábamos ilusionados.

Nada parecía llamarme la atención, hasta que Catalina se fue ausentó y, debido al tiempo que tardó en regresar, empecé a sospechar, pero decidí no darle importancia. Finalmente llegamos a una cueva de la isla donde, si no lo habíamos hecho mal, se suponía que estaba el tesoro. Si lo lográbamos tendríamos una antigüedad, un tesoro buscado durante más de doscientos años.

Lo encontramos. Más de treinta diamantes y muchas monedas de oro cubrían el tesoro que ahora era nuestro. Regresamos al barco, pero cuando intentamos arrancar no funcionaba. Todo era extraño. Entonces, en el momento en que Marcos, Alberto y yo intentamos solucionar aquel incidente con el barco, Catalina saltó

